

Greisy Muñoz

“Nada puede importar más que encontrar a Dios...” (canción “Enamórate”)

Crecí en una familia creyente, de profunda religiosidad, en especial del lado paterno con quienes conviví más de cerca. Mi abuela paterna tan devota, le había puesto nombre de santos a todos sus hijos, con mucho cuidado y mimo: así eran mis abuelos. Procuraron que sus hijos, nueras, nueros y nietos, también vivieran la devoción y amor a Dios. A pesar de esta motivación familiar y comunitaria, pienso que el camino de la fe es uno personal y libre, y yo necesité vivirlo así también. Hoy creo que mi vocación es vivir en Dios.

Antes de abrazar esta creencia, yo comencé a tener una relación cercana con Dios, con Jesús, no solo por venir de una familia religiosa, sino porque me encontré con él, personalmente. Ya no era la tradición y el mandato familiar. Ya era una decisión en libertad y consciencia, la consciencia propia de una joven de 15 años, que fue cuando tuve este encuentro personal con Jesús. Desde ese momento estuve involucrada activamente dentro de la Iglesia y en los grupos de oración juvenil. Voy a estudiar a España y continúa el camino de fe: la vida estaba envuelta en el deber religioso y en estar cerca de Dios, llevando su mensaje a otros. Sin embargo, diversos aspectos de mi vida estaban lastimados y heridos; algo en mi interior comenzó a resquebrajarse y todo lo que yo creía sobre Dios, empezó a ser cuestionado y a desmoronarse. Pensé que ya no había solución para mí, que perdería la cercanía con ese Jesús que me cautivó y que llenó mi corazón de esperanza y alegría.

En medio de este revuelo interior, decidí casarme con el hombre que hoy sigue siendo mi esposo. Desde pequeña creí que mi vocación era a la vida matrimonial; desde joven mi foco de atención era encaminarme al matrimonio, y la verdad que no sentí curiosidad por explorar otras opciones, es más, me aterraban las otras opciones. Estaba enfocada en continuar el mismo camino recorrido por mis padres, tíos y abuelos.

Y así fue, me casé. Creyendo que esa era mi vocación, mi llamado primordial, principal. Pero el recorrido de la vida y el atreverme a ir más adentro, me encaminan a ampliar este llamado. Mi verdadera vocación la descubrí unos siete años después de estar casada.

Para ese entonces vivíamos, mi esposo y yo, en Madrid, y decidimos renovarnos y cambiar de aire, por lo que decidimos irnos a vivir a la República Dominicana. Vuelvo a mi país e inicia un proceso de renovación interior por completo. A través de una amiga, me encuentro con la experiencia de los Ejercicios Espirituales y con la Espiritualidad Ignaciana, y decido hacerlos, buscando respuestas... y las encontré, mejor dicho, le encontré. Me encontré con Jesús, con una imagen renovada de él, me encontré con toda su persona: con su corazón alegre, dispuesto, amante, cercano, humano. Su corazón me cautivó y me mostró cuál es mi verdadero fin: Dios.

Hoy sé que mi vocación es Dios; es amarle con todo mi ser y mi vida al completo, dirigirla hacia él. Desde ahí se concretiza y se fortalece la llamada al matrimonio, a acompañar y hacer vida con otra persona y juntos, dar y llevar vida a otros. Y sigo por ese camino, viviendo hacia Dios desde el matrimonio como medio para alcanzar el fin, sirviendo a Él, a la vida y al prójimo.